

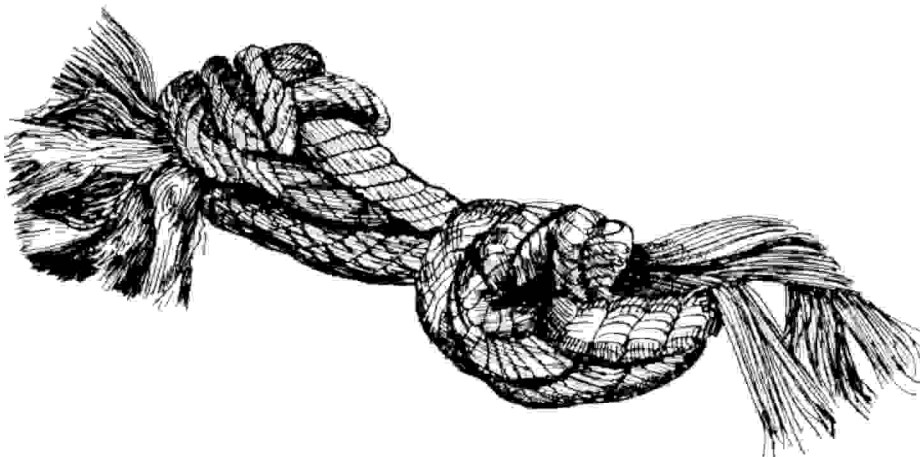
## UNA HISTORIA EN TRES CIUDADES

*al poeta palestino Moaín Basisu,  
ayer en Beirut, hoy en Túnez,  
y mañana en Jerusalén.*

*Si al corazón del agua (lo más puro)  
va la piedra, la onda estremecida  
se ensancha, más se aleja, continúa,  
parece que se pierde.  
Pero llega a la orilla y de allí vuelve,  
se hace ilusión pequeña, no en más causa  
que en retornar su esfuerzo tan liviano,  
tan súbito y tan lento, empeño pone,  
y otra vez en su centro se acomoda.  
Lo mismo que esa onda es el exilio  
que a veces tiene el nombre de distancia  
y en sí nunca se acaba, pues retorno  
también es su otro nombre: el más querido.  
Te recuerdo, Moaín, mucho más cerca  
de tu hogar palestino, entre los cedros  
simbólicos del Líbano: en Beirut.  
Un día, tú y yo, juntos recitamos  
palabras diferentes, de otras lenguas  
y un mismo sentimiento solidario.  
Tu onda está hoy más lejos del comienzo,  
pero al revés lo entiendo: está más próximo  
su instante de iniciar lo irreversible:  
la vuelta, estar de nuevo bajo el cielo  
que vio crecer tu verso más sencillo,  
tu más joven plegaria.  
Si ahora en Túnez de nuevo se traducen  
tu palabra y la mía en el abrazo  
de quien nunca extranjero se contempla  
si es libertad, justicia, pan fraterno  
la luz del aire mismo que respiran  
dos hombres que lejanos se asomaron  
al azul de la vida,  
quizá, Moaín, poeta al que le inunda  
la claridad de un mar que ya es el tuyo,  
me ofrezcas con tus manos, pronto, el agua  
del Jordán cuando pasa por tu pueblo.*

Carlos ALVAREZ

Madrid/ Túnez, abril de 1984



# DOS

## Crónica

A veces se le ocurría escribir cosas extrañas. Pensaba en el alto muro de la escuela y con él surgía, espontáneamente, una hilera de plátanos castigados por el sol; si se esforzaba, lograba ver su túnica blanca y los pies descalzos. Cogía un papel y garabateaba: cuando viene por el sendero los anillos del día abandonan su color y lo conforman. Nunca pudo dar una visión rimada de aquellas transcripciones que él catalogaba como solapados sueños que fueron porque ahí están.

Na Conché, abnegada madre de ocho hijos, dictaminó que su hijo poseía las luces suficientes para continuar el oficio de carbonero desempeñado por su viejo progenitor; pero un día se cansó y lo echó porque escribía cosas que ella no entendía y porque la gente murmuraba -él apenas hablaba; sólo miraba con ternura- que estaba loco y, además, no servía para hacer nada. Había muchas bocas que alimentar y él era ya tremendo hombre. Los vecinos escudriñaron la escena que no careció de cierto grito de decepción que acentuó aún más su orfandad el potente portazo de clausura habitacional y afectiva.

De aquella tarde agreste y campesina quedaba en su recuerdo cada vez más incoherente, el miedo de la sien rasgada y parte de la cara prontamente arcillosa. El impacto surgió mientras, echado de espaldas sobre el pasto, miraba al cielo y contando los integrantes de una bandada de palomas, recordó el delantal alunarado de Asunción. Corrió presa de espanto y Na Lucía, la curandera, sirviendo dos vasos de aguardiente, tanteó con los dedos la herida e introdujo el cuchillo hasta rayar el hueso.

# CUENTOS

## paraguaya



— Cállate mi rey que me ponés nerviosa. Sabés que estoy medio ciega y no puedo hacerlo mejor. No se va a portar como mitaí, pué.

A los dos días despertó del sopor; sobre su frente oían frescos emplastos de hierbas medicinales.

Nadie se preocupó en averiguar qué había ocasionado la herida ni porqué, una vez cicatrizada, la protuberancia permanecía. A la semana estaba nuevamente en su casa; pero a veces se le ocurría escribir cosas extrañas, y se alarmó la profesora de asignaturas múltiples de Bachillerato y no pasó desapercibido para su madre quien, no obstante, aguantó la penitencia.

Cuando llegó a la capital todo se le volvió difícil; las cosas, las personas, el trato diario. Si no fuera por la chipá, el tereré y los mitaí descalzos... Intuía hasta cierto punto, que se iba haciendo distinto y que la gente deambulaba dándole empujones y gritos. Todo se hacía lejano: su madre, apenas dibujada entre un paisaje de verdor fulminante, era la sombra que el tiempo difumina hasta borrarla. A veces le escocía la frente y la notaba abultada y con fiebre.

La señora Magda a cambio de pequeñas diligencias le alargaba algunos guaraníes; de lo contrario habría muerto de ham-

bre en la mal construida casilla de cartón y ramas levantada en la tierra fangosa de la Chacarita. Magda había quedado viuda a los pocos meses de casada: su marido fue designado al frente de batalla en los momentos más álgidos de la Guerra del Chaco. El comisario Aldama tuvo la culpa de todo. Ya llevaba dos años de luto cuando ella se enteró que una granada le había dejado ciego e inválido. No pudo evitar la satisfacción que le profujo la noticia: arrumbó en un baúl las ropas de su dolor y ató un lazo azul en el pelo. Le alegraba que los malolientes escarceos amorosos del mandamás hubiesen llegado a tal fin. La Virgencita de Caacupé había cumplido. Los cuarenta años la hallaron seca de carnes y de sentimientos. Por más que cavilaba no llegaba a comprender qué significaba para ella ese muchacho idiota, siempre diligente pero decididamente a extramuros de la realidad cotidiana. Más de un comentario chabacano y obsceno debió oír ante la presencia asidua del joven. Quizá por una rabia encubridora de las fiebres del lecho conyugal y la aridez materna, le besó un día, despaciosamente, como se besa en sueños

porque todo es frágil y perecedero; y dejó caer la mano pusilánime que descendió la cintura del muchacho. A él le fulguraron por dentro las estrellas corales más hermosas.

Cuando se supo preñada arguyó que debía marcharse; montó en un burro y antes de partir le regaló un globo rojo inmenso con el que él paseó su soledad seguido de un corro de niños que trataban de dañárselo. El hambre y la fiebre hicieron fácil presa de él y a las pocas semanas cerró los ojos convencido que echarse a soñar era como escaparse. Nadie se preocupó en despertarle.

Magda subió, con el recién nacido, la cuesta de la iglesia de Areguá cuando despuntaba el alba. El paí Pedro le negó tres veces la entrada repitiendo a voces que ya no era necesario.

RAMON BORDOLI